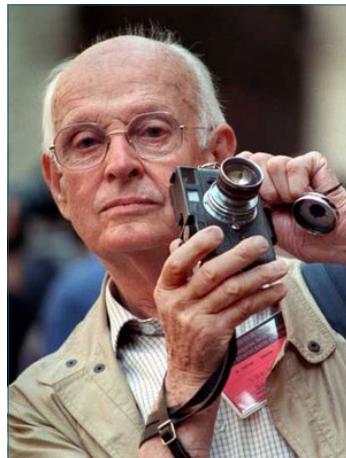


Cartier-Bresson «el hombre invisible»

Es difícil decir algo nuevo sobre Cartier-Bresson. Es quizá uno de los fotógrafos que más literatura ha generado en torno a su obra y su persona. Así y todo, Cartier-Bresson sigue siendo de estudio y análisis obligado para todos los fotógrafos, sean estos principiantes o expertos.

Su filosofía puede resumirse en una frase suya: *«la anarquía es una ética»*. En efecto; Cartier-Bresson transmite anarquía en su obra, pero es una anarquía muy organizada. Es un autor geométrico, desorganizado, transgresor, ortodoxo, oportunista, paciente observador, voyeur, iconoclasta, sentimental, etc., etc. Con todos estos adjetivos se podría expresar la obra de Cartier-Bresson, adjetivos en la mayoría de los casos contradictorios pero al mismo tiempo complementarios. Esta «anarquía» más aparente que real, es fruto de un profundo análisis de la escena y de una paciente espera, por eso se le conoce como el fotógrafo del *“instante decisivo”*. Nos lo podemos imaginar apostado en cualquier recoveco o entre la muchedumbre, armado con su inseparable Leica, esperando lo que posiblemente, ni él mismo sabía lo que era. En palabras de Gérard Macé *«se convertía en un hombre invisible entre la multitud»*. Esta paciente espera tenía sus frutos, llegaba ese *instante decisivo* cuya fórmula no consistía más que en unir en la misma foto la intuición y la geometría.



Este viajero incansable comenzó haciendo fotos con una cámara de cajón de 9x12 montada sobre un trípode. Pronto se dio cuenta de que esta no era para él la forma de hacer fotos. La estaticidad de su equipo le impedía desarrollar sus ideas. En 1931 se compró su primera Leica y ya no la abandonó nunca, se convirtió casi en una prolongación de su ojo. Era lo que necesitaba, movilidad, agilidad y rapidez: *«caminaba durante todo el día con el espíritu tenso, buscando en las calles la oportunidad de tomar fotografías del natural como si fueran flagrantes delitos»*.

Sus fotos transmiten cotidaneidad, son fotos de «días laborables», sin embargo, para conseguir esto se convertía en un ser obsesivo. Obsesivo para lo observable y obsesivo para la espera paciente. Su técnica, por contra no refleja esta personalidad; no le importa para nada si el foco de una foto es «crítico» o si existen zonas quemadas o empastadas. Su técnica únicamente estaba al servicio del interés por recortar ese instante del devenir cotidiano que a partir de ese momento se convertirá en algo único e irrepetible, algo que dejará de ser banal para ser excepcional.

La mejor forma de resumir la idea de la fotografía para Cartier-Bresson, quizá sea con una frase suya:

«La fotografía es para mí el reconocimiento en la realidad de un ritmo de superficies, líneas o valores; el ojo recorta el tema y la cámara no tiene más que imprimir en la película la decisión del ojo».